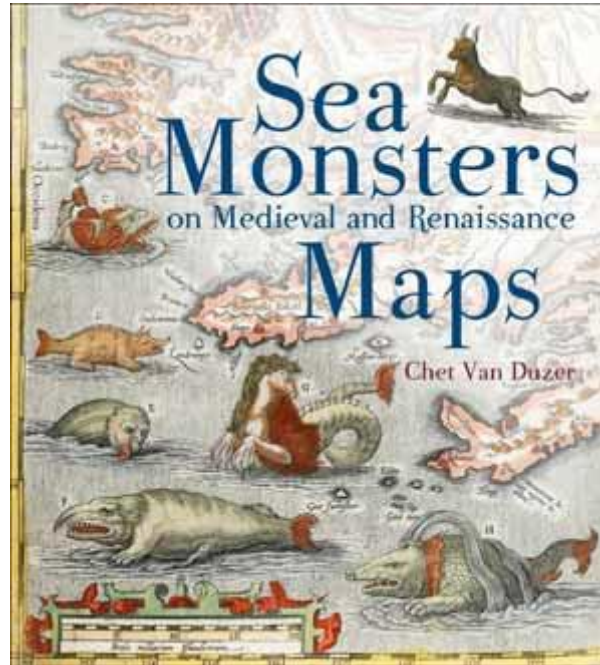


Van Duzer, Chet A. *Sea Monsters on Medieval and Renaissance Maps*. Londres: The British Library, 2013. ISBN: 9780712358903. 144 pgs.

Reviewed by: José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá de Henares



El mar ha sido, desde la antigüedad más remota, escenario privilegiado de todo tipo de creencias, supersticiones, rumores y leyendas relacionados con monstruos y prodigios del más variado pelaje. O acaso sería más justo decir que del más variado *escamaje*. Desde el Leviatán bíblico y el muy profuso bestiario oceánico de la *Odisea* hasta los engendros tentaculares de las novelas de Julio Verne o de no pocas superproducciones de Hollywood, los relatos acerca de monstruos marinos han ejercido una fascinación sin parangón en el imaginario fantástico de todas las épocas y lugares. Ni el bosque, ni el desierto ni la cueva, recintos habituales de la más impactante zoología fabulosa, han destilado una mitología tan desbordada como la marina. Las tradiciones literarias orales antiguas y pre-letradas en primer lugar, luego las escritas, después las figurativas (hoy cabría sumar el cine, los videojuegos, etc.), aportan ejemplos incontables y sugestivos.

Los engendros marinos que pueblan este libro, *Sea Monsters on Medieval and Renaissance Maps*, se hallan dibujados, grabados, pintados sobre algunos de los mapas más hermosos y representativos de los que alumbraron la Edad Media y el Renacimiento europeo. Con una paleta artística variadísima, que va desde el dibujo medieval esquemático hasta el grabado más tortuosamente barroco y más avanzado en lo técnico de la primera modernidad. Todo en unos siglos críticos, de adiós muy gradual a un imaginario supersticiosamente asentado sobre lo irracional, y de atisbos cada vez más firmes de otro más racional y escéptico.

Constituye por eso una experiencia en cierto modo paradójica asomarse al desfile de los mapas que han sido reproducidos en este libro y de los monstruos que acechan entre sus páginas, ya que si con el paso de los siglos se va constatando que el trazado cartográfico se hace más preciso y refinado, más consistentemente científico si se quiere, apenas se aprecia moderación o atenuación (más bien sucede al revés, que se agrava y se

hace más barroca) en la monstruosidad de la fauna marina que le servía de complemento. Es como si el cuento célebre de Augusto Monterroso, “cuando despertó, el dinosaurio [marino] todavía estaba allí” hubiese encontrado en aquellos océanos espacios propicios para arraigar en el imaginario común, en el que continúa. Aunque si pensamos que todavía hoy hay públicos masivos que devoran los documentales acerca de tiburones gigantes o de cefalópodos misteriosos que filman, con los mejores avales científicos, la productora Cousteau o la National Geographic, o que hay masas de turistas que recorren miles de kilómetros para contemplar el apareamiento de ballenas en los rincones más inverosímiles del mundo, nos extrañará menos que tampoco quisiese renunciar aquella cartografía en clarísimo progreso técnico a la fascinación mitológica de la monstruosidad.

Estos *Sea Monsters on Medieval and Renaissance Maps* coleccionados por Chet Van Duzer, una de las grandes autoridades mundiales en geografía y cartografía medievales y renacentistas, suscitan más reflexiones. Gracias, en primer lugar, a que la selección de imágenes de mapas y de monstruos que alberga nos ofrece un caudal de información visual ingente, novedosa, sistemática, convincentemente ordenada y justificada. La deriva es a grandes rasgos cronológica, aunque se halla atravesada en ocasiones bien justificadas por secciones y excursos atentos a otros parámetros: temas, fuentes, técnicas, etc. El libro echa a andar (o a nadar) con la zoología fantástica del *Beato* de Gerona de hacia el año 975, y culmina con las fantasías balleneras de un mapamundi del litoral norteamericano (la llamada entonces Nueva Francia) de 1592. Extraordinariamente interesante, por cierto, por la increíble finura de su grabado y porque si en su parte superior se mostraba deudor de la iconografía extravagante que venía de la Edad Media, en el plano inferior pintaba una escena de pesca de grandes cetáceos a cargo de pescadores posiblemente vascos, bastante realista y ponderada en sus parámetros y en la pintura que hace de las ballenas, en las que lo que más desentona son orejas que semejan alas de murciélagos. Un itinerario cronológico y geográfico, y también artístico, mental, tecnológico, realmente crucial, el que va desde el dibujo del paisaje bíblico y apocalíptico imaginado en el siglo X hasta el nuevo mundo americano representado con las tecnologías más innovadoras de la ciencia geográfica y de la técnica del grabado del XVI.

Por cierto, que en el libro, que inauguran los monstruos del *Beato* de Gerona, están representados o hay referencias también a mapas manuscritos que se custodian hoy en Barcelona, Burgo de Osma, Granada, Madrid (destaca la preciosa *Geografía* de Tolomeo de hacia 1455-1460, Ms. BNM Res. 255) y Salamanca. Y tiene un gran peso, además, la *Historia de Gentibus Septentrionalibus* de Olao Magno, que fue impresa, en 22 libros ilustrados, en Roma en 1555, y que ejerció una influencia inmensa en la concepción de la geografía y las ciencias naturales (sobre todo de las marinas) de aquel siglo y del siguiente. En toda Europa y también en España y en su literatura erudita y de aventuras, desde Torquemada y Mexía hasta el mismísimo Cervantes. Entre la abultada bibliografía que hay acerca de la cuestión puede verse el trabajo de H. J. García Arranz, “Olao Magno y la difusión de noticias sobre la fauna exótica del norte de Europa en el siglo XVI”, *Encuentro de civilizaciones (1500-1750): informar, narrar, celebrar: actas del tercer Coloquio Internacional sobre relaciones de sucesos, Cagliari, 5-8 de septiembre de 2001*, coords. Antonina Paba y Gabriel Andrés Renales (Alcalá de Henares: Universidad, 2003), 171-184.

Sirenas inquietantes, ictiocentauros músicos y orcas con cara, brazos y barbas de hombre miran de reojo, desde los mapas exhumados por Van Duzer, hacia el mundo de los hombres, en tanto que el resto de su fauna monstruosa es de naturaleza más decididamente abisal; esa tensión bifronte, esa declaración de hibridismo, nos revela que la curiosidad del ser humano medieval y renacentista por conocer lo que se hallaba fuera de los bordes de su mundo era también, en alguna medida, ansia de saber de sí mismo y

exploración de sus miedos, límites y afanes más interiores. Los hombres de entonces creían que en el mar se hallaba el reino no solo de la otredad monstruosa, sino también el doble abisal, oscuro, mitológico, de la propia humanidad. El libro de Van Duzer, mientras baraja mapas y monstruos y pone caras y cuerpos a esos otros y a esos dobles, construye una cartografía compleja y tortuosa del ser humano y de su imaginación.

Lo que no puede poner, ni este libro ni ningún otro —porque todos los libros nos hablan en silencio—, es voz a aquellas criaturas —que en la época serían imaginadas como seres a veces ruidosos y estruendosos, otras veces músicos—, ni recuperar los acentos de las tradiciones orales y populares que bullirían en su trasfondo. La fría letra de los tratados de geografía y de los libros alegóricos o de viajes que estos mapas ilustraban se queda pálida frente al dramatismo y barroquismo de las sirenas y monstruos abisales representados a su lado. Como tampoco alcanza a transmitir, este libro ni ningún otro, la vibración que tendrían los cuentos de horror y las historias para no dormir que, en boca de marineros, viajeros, comerciantes, sustentarían y agravarían toda aquella fantasía monstruosa.

Hagamos un rápido cotejo con el breve reportaje sin firma que, bajo la etiqueta de “Curiosidades”, publicó nuestro periódico *La Escuela moderna* el primero de mayo de 1916, en su página 282: “En el mar del Japón, y sobre todo en la costa de Zakamatsu, se cogen algunos cangrejos cuya cáscara tiene cierta semejanza con la cara de una persona, y todavía más con esas caretas niponas de aspecto feroz. La especie, que es bastante rara, se conoce en el país con el nombre de *Heike-gasu*, que significa cangrejo Heike, y acerca de ella cuentan los japoneses una curiosa tradición. Según la leyenda, hace ochocientos años riñeron descomunal batalla en Zakamatsu las dos grandes familias Heike y Genji. La primera fue derrotada y muchos de aquellos bravos guerreros fueron arrojados al mar. La tradición local pretende que cada cangrejo con la cara humana encierra el alma de uno de los héroes”.

Las fuentes de este reportaje aparecido en la prensa española de hace casi un siglo no sabemos cuáles serían. Quizás alguna nota publicada en la prensa francesa o inglesa que solía nutrir con noticias pintorescas de relleno los periódicos españoles, o cualquier miscelánea de viajes, curiosidades o fenómenos monstruosos de las muchas que correrían por doquier. De lo que sí podemos estar seguros es de que, hasta aterrizar en el periódico español, esa noticia habría dado muchos tumbos bastardos por lenguas, soportes y traducciones, sin perder un ápice de su capacidad de impacto en las mentes impresionables de un sinnúmero de lectores. Lo más probable es que en vez de gastarse fuese ganando, porque todo parece indicar que la literatura de prodigios marinos, cuanto más exóticas raíces tenga y por más voces intermedias y cajas de resonancia pase, tanta mayor impresión suscita. Todo ello pese a que la noticia en concreto que hemos seleccionado no fue publicada con mapas ni grabados o fotografías como las que sí subrayaban otros reportajes de la prensa de entonces, igual que lo siguen haciendo hoy.

Del hecho de que unos presuntos cangrejos épico-fantasmales japoneses fuesen capaces de impresionar a lectores del otro lado del mundo, de la España de 1916, pueden desprenderse varias conclusiones: que la fauna fantástica marina no era exclusividad del occidente medieval y renacentista, sino que vendría de mucho antes y persistiría mucho después en todo el ancho mundo; que su ingrediente narrativo es absolutamente esencial, y que las extravagantes ilustraciones de nuestros mapas debían ser reflejos y subrayados, claramente subsidiarios, de relatos que andarían corriendo en la voz común; y, en fin, que este tipo de narraciones y de iconos ganaba en solera y en capacidad fascinadora a medida que iban saltando espuriamente de unas fuentes, tiempos y espacios a otros: la distancia exótica no era su punto débil, sino su mejor arma.

Hay que añadir, para que se pueda apreciar la relevancia del sustento verbal de toda esta tradición, que para los sujetos oficiantes de la literatura, es decir, para autores, lectores y críticos, lo marino monstruoso no se halla obligatoriamente identificado con lo marino terrorífico... Porque el mar da tanto de sí como espacio abonado para la fantasía que existe hasta una ictiozoología cómica y paródica: los repertorios orales de los pescadores de muchos lugares del mundo están, en efecto, llenos de cuentos “de mentiras” y de exageraciones (igual que hay también repertorios muy acuñados de “mentiras de cazadores” fanfarrones, o de “mentiras de soldados” más fanfarrones aún), que en vez de causar espanto provocan hilaridad, y que debieron de nacer como contrapuntos paródicos de los relatos acerca de seres abisales horrorosos. Ojalá no se considere una vulgaridad traer aquí a colación, a modo de indicios, el estrafalario cocodrilo aficionado a merendarse los miembros del capitán Garfio, o la pescadería fantástica de *Big Fish*, la novela de Daniel Wallace que se convirtió después en película de Tim Burton.

Queda decir, de vuelta al libro de Van Duzer, que las notas eruditas agrupadas al final hacen más liviana la lectura de la parte ensayística de estos *Sea Monsters on Medieval and Renaissance Maps*; que los índices detallados de nombres, obras y manuscritos resultan indispensables para marear por sus páginas; y que la calidad técnica de las reproducciones fotográficas de sus mapas es sensacional, como corresponde a un tratado de la más legítima historia del arte. Porque, en fin, la cartografía sale reivindicada de estas páginas no solo como cifra significativa de las concepciones y representaciones (y las tradiciones verbales de base) que el ser humano occidental tenía del mundo, y como registro de los avances que iba logrando su mirada científica, sino también como rama que debiera ser fundamental —y hoy todavía no lo es, porque los mapas raramente quedan destacados, ni sus autores suelen ser considerados artistas notorios— en las enciclopedias de historia del arte.